

EL SABIO  
CAMINO HACIA  
LA FELICIDAD

DIÓGENES DE ENOANDA  
Y EL GRAN MURAL EPICÚREO

Carlos García Gual

*Ariel*  
FILOSOFÍA

El autor quiere agradecer a la Dra. Mireia Movellán Luis su colaboración con el capítulo sobre la arqueología de la inscripción y con la revisión de la bibliografía pertinente. Y también al editor Francisco Martínez Soria por sus consejos y su animoso apoyo a la pronta edición de este complejo trabajo.

1.ª edición: mayo de 2016

© Carlos García Gual, 2016

© del texto «Sobre la inscripción y su descubrimiento»,  
Mireia Movellán Luis, 2016

Derechos exclusivos de edición en español para todo el mundo:

© 2016, Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-2379-4

Depósito legal: B. 6.419 - 2016

Impreso en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## ÍNDICE

|                          |   |
|--------------------------|---|
| <i>Prólogo</i> . . . . . | 7 |
|--------------------------|---|

### LA GRAN INSCRIPCIÓN DE ENOANDA

|   |     |
|---|-----|
| Sobre la inscripción y su descubrimiento,<br>por Mireia Movellán Luis . . . . .             | 15  |
| La gran inscripción de Enoanda . . . . .  | 29  |
| Comentario . . . . .  | 85  |
| Filantropía epicúrea. La inscripción de Diógenes<br>de Enoanda y su afán benéfico . . . . . | 109 |

### SOBRE EL PLACER Y LA FELICIDAD. TEXTOS DE EPICURO

|   |     |
|---|-----|
| Introducción . . . . .                                      | 127 |
| Sobre el placer y la felicidad. Textos de Epicuro . . . . . | 135 |
| Nietzsche y Epicuro. . . . .                                | 153 |
| <i>Nota bibliográfica</i> . . . . .                         | 173 |

## LA GRAN INSCRIPCIÓN DE ENOANDA

### FÍSICA

1

[Diógenes de Enoanda: *Epítome sobre la sensación y la naturaleza.*]

2

[Al observar que la mayoría de la gente sufre por las falsas nociones sobre las cosas y no escucha al cuerpo] cuando les ofrece sus importantes y justas [acusaciones] contra el alma, alegando que es injustamente atormentado y maltratado por el alma y presionado hacia cosas que no son necesarias, porque los deseos del cuerpo son pequeños y fáciles de saciar, y el alma también puede vivir bien compartiendo ese disfrute, mientras que los del alma son a la par grandes y difíciles de lograr y, además de no ser provechosos a nuestra naturaleza, suponen auténticos riesgos, de modo que, reasumiendo lo que estaba diciendo, viendo a cuantos estaban en ese estado de ánimo, me compadecí de su vida y lloré por la pérdida de su tiempo y vine a considerar como deber de un hombre de bien acudir a socorrer con afecto humano, en la medida que está a mi alcance, a las personas de buen juicio. Ésta es la razón primera de esta inscripción.

Digo, por un lado, que el vano temor a la muerte y a los dioses os angustia a la mayoría de vosotros, y, por otro, que lo que produce la alegría de verdad duradera no son ni los teatros ni los espectáculos, ni los baños ni los perfumes ni los ungüentos que dejamos del todo para las masas vulgares, sino el estudio de la naturaleza...<sup>1</sup>

3

[Y he querido refutar a los que acusan a la filosofía<sup>2</sup> de no sernos provechosa.] Así que, aunque no participo de los asuntos públicos, digo estas cosas como si me hiciera presente en ellos, intentando mostrar que lo que conviene a nuestra naturaleza, que es la serenidad de ánimo,<sup>3</sup> es lo mismo para uno y para todos. Y, así pues, tras haber expuesto el segundo motivo de mi inscripción, voy a presentar todo lo que he meditado, explicando cómo es y cuál su fundamento.

Llegado ya al ocaso de mi vida, a punto casi de despedirme de la existencia por motivo de mi edad, he querido hacerlo con un hermoso peán<sup>4</sup> para celebrar la plenitud de sus placeres, a fin de no quedarnos atrás en ayudar ya a las personas de buen entendimiento.<sup>5</sup> Así que, si uno solo, o dos o tres o cuatro o cinco o seis o cualquier otro número de personas que prefieras, amigo, con tal de que no sean demasiadas, se hallaran angustiadas, yo me dirigiría personalmente a cada uno de ellos, uno por uno, para darles mi mejor consejo. Porque, como he dicho antes, la mayoría de la gente an-

1. La palabra griega usada es *physiología*.

2. O acaso la *physiología* (el estudio de la naturaleza).

3. *Ataraxía*.

4. El *paían* era un canto de victoria y de acción de gracias a los dioses (por ejemplo, a Zeus o a Apolo) por un logro triunfo.

5. Se repite la expresión de *tois eusynkrítois* «los de buen entendimiento» o «las personas juiciosas», que se oponen probablemente a la mayoría (*tois pléthesin*), el vulgo necio y poco recuperable para la filosofía, citados en el fragmento anterior.

dan enfermos en masa, afectados, como por una epidemia, por sus falsas opiniones<sup>6</sup> acerca de las cosas, y van enfermando cada vez más, pues en sus empeños se contagian la enfermedad unos a otros, como sucede en los rebaños.

Y justo es acudir en ayuda también de los que vivirán después de nosotros, pues también ellos son algo nuestro aunque no hayan nacido, y es además una muestra de amor al prójimo<sup>7</sup> socorrer<sup>8</sup> a los forasteros que se lleguen hasta aquí. Así que, como los consejos de la inscripción quedarán al alcance de muchos más, he querido utilizar este pórtico para exponer en un ámbito público los remedios medicinales<sup>9</sup> de la salvación. Estos remedios médicos los hemos probado nosotros cabalmente. Porque nos hemos liberado de todos los temores que suelen acongojarnos en vano, y hemos anulado por completo las penas superfluas y limitado las naturales en su conjunto a algo pequeño, reduciendo su grandeza a lo mínimo.

4

[...] Algunos filósofos, y de modo especial los socráticos, afirman que el investigar la naturaleza y los fenómenos celestes es una ocupación excesiva e inútil, y no se dignan ocuparse en nada por el estilo.

6. El término griego es *pseudología* (*pseudodoxía*, según otros), «la retórica de las mentiras»; es decir, están alienados por sus falsas creencias (cf. 224 Usener).

7. La palabra griega es *philánthropon*, es decir, una «muestra de filantropía».

8. El verbo griego usado aquí es *epikoureîn*, que significa «socorrer, ayudar», pero también podría, creo, suscitar un eco curioso: «ser como Epicuro».

9. Los «remedios medicinales de la salvación» son, en griego, *phármaka tês soterías*. Recuérdese la función salvífica de la filosofía en esta época, y la comparación con la medicina que hallamos en otros textos epicúreos. También es interesante el que el mensaje de salvación quede expuesto en una Estoa, un pórtico. También los estoicos usaron lugares públicos para exponer sus doctrinas.

## 5

[Otros no desacreditan] declaradamente la investigación de la naturaleza, avergonzándose de reconocer tal aserto, pero usan otros modos de rechazo. Pues, cuando afirman que las cosas son inaprensibles, ¿qué hacen sino decir que no debemos investigarlas? Pues ¿quién va a elegir buscar lo que nunca se encuentra? Así, Aristóteles y los que siguen la misma senda peripatética que Aristóteles dicen que nada puede saberse de modo científico. Porque todas las cosas fluyen sin pausa y por la rapidez de su flujo escapan del todo a nuestra aprehensión sensible. Nosotros, sin embargo, reconocemos ese fluir de las cosas, pero no el que sea tan rápido que la naturaleza de cada suceso resulte en todo momento inaprehensible a nuestros sentidos. Pues, en tal caso, tampoco podrían sostener quienes mantienen esa opinión lo que ahora manifiestan, que esto sea blanco y esto sea negro unas veces, y otras que eso no es blanco ni eso negro, a no ser que previamente hayan conocido la propiedad de lo blanco y lo negro. Y, en cuanto a los filósofos llamados «efécticos»,<sup>10</sup> como Lácides de Cirene...

## 6

[Respecto de los primeros cuerpos, también] llamados elementos,<sup>11</sup> que, por un lado, han subsistido desde un principio y son indestructibles y, por otro, generan las cosas (visibles) que son lo explicaremos después de haber demolido las opiniones de otros. Así pues, Heráclito de Éfeso dijo que el fuego era el elemento básico,<sup>12</sup> Tales el agua, Diógenes de

10. Los «efécticos» son los escépticos, que se abstienen de opinar qué es verdad y qué es mentira. En Diógenes Laercio, I, 16 se oponen a los filósofos dogmáticos.

11. *Stoicheia*.

12. Traduzco así la palabra *stoicheion*, que corresponde al *arché* o sustancia primordial en la teoría física de cada uno de esos filósofos presocráticos.

Apolonia y Anaxímenes el aire, Empédocles de Agrigento que el fuego, el aire, el agua y la tierra, Anaxágoras las homeomerías de cada cosa, y los de la Estoa que la materia y dios. Pero Demócrito dijo que (el elemento primordial) eran las sustancias atómicas,<sup>13</sup> y lo hizo correctamente, pero luego se equivocó en algunos puntos sobre ellas. Esto será objeto de examen según nuestras opiniones. Ahora vamos a llamar a juicio a los recién citados, no por discutir con ellos con pasión polémica, sino queriendo dejar a salvo la verdad.

Y, en primer lugar, con Heráclito, puesto que lo hemos citado al comienzo de la lista. Erróneamente dices, Heráclito, que el fuego es el elemento básico. Porque no es indestructible, sino que vemos que se destruye por sí mismo, y tampoco puede engendrar las cosas...

7

[...] Equivocose también, de modo indigno de sí mismo, Demócrito al decir que los átomos son los únicos elementos que existen de verdad en las cosas reales,<sup>14</sup> mientras que todo lo demás sólo existe por convención. Porque, según esa afirmación tuya, Demócrito, no sólo no podremos encontrar la verdad de ningún modo, sino que tampoco vivir, ni protegernos del fuego y de la destrucción...

8

[Puesto que nadie puede destruir los primeros cuerpos]<sup>15</sup> ya sea un dios o un hombre, hay que concluir que son simple-

13. *Physeiis atómous*.

14. Traduzco por «cosas reales» el plural neutro *tà ónta*, «las cosas que son», los «entes», según el sentido aristotélico. Epicuro corrige la teoría de Demócrito al admitir que también los sentidos nos dan un conocimiento del mundo real.

15. Recordemos que la palabra «átomo», *átomos*, significa «no segmentable», «no divisible», y, por tanto compacto e indestructible, a menos que se aniquile del todo.



mente indestructibles. Pues si se destruyeran, según la necesidad [todo podría ir hacia el no ser].

## 9

[...] Que muchas veces las imágenes y las apariencias son naturalezas verdaderas, incluso los espejos me lo atestiguarán. Pues, en efecto, no va a refutar lo que yo digo la imagen que dará juramento en los espejos. No podríamos verla en ellos ni aparecería ninguna, si no se produjera una corriente continua que va de nosotros hasta ellos y que nos devuelve la imagen. Conque también esto demuestra que hay una emanación de cada una de las partículas (que componen la imagen) que es llevada (y devuelta) a la zona opuesta frontalmente. Así que las imágenes que fluyen desde las cosas reales al incidir en nuestros ojos son la causa de que nosotros veamos los objetos y que [al llegar al entendimiento, de que las pensemos. Así pues, a partir de las impresiones]<sup>16</sup> las cosas que son vistas en nuestras miradas las entiende el alma. Y al recibir las impresiones de las primeras imágenes nuestra naturaleza se hace porosa de tal modo que, incluso cuando no están ya presentes los objetos que vio al comienzo, se mantienen en nuestra mente imágenes semejantes a las anteriores, surgiendo sus figuras tanto en la vigilia como en el sueño. Y no nos extrañemos de que eso se produzca incluso cuando dormimos. Pues de igual manera también entonces fluyen nuestras representaciones.<sup>17</sup> ¿Cómo pues? Cuando dormimos, al estar todos nuestros sentidos como relajados y apagados de nuevo por el sueño, el alma, que aún está des-

16. El término griego es *emptóseis*. El texto distingue entre las cosas reales (*tà prágmata*) y los objetos vistos (*tà hypokeímena*).

17. «Representaciones» corresponde al término griego *eídola*, mientras que el anterior de «imágenes» traduce *phásmata*. Los *eídola* producen en el sujeto receptor un *symptoma*, es decir, una impresión o una impronta. La teoría epicúrea de la percepción es precisa.

pierta y [es entonces incapaz de reconocer] la impresión y disposición de lo que recibe en ese momento, al recoger en sí las imágenes que le llegan, se forja una opinión injustificada y falsa sobre ellas, como si ésta fuera de acuerdo con una presencia firme de cosas de verdad. Porque entonces duermen los medios para comprobar la opinión; es decir, lo que son los sentidos. Pues la regla y el criterio de verdad de nuestros sueños siguen siendo éstos.

En contra de tu argumentación, Demócrito, decimos ahora estas cosas. La naturaleza de los sueños no es de ninguna manera de origen divino, como afirmas, ni tampoco premonitoria, sino que, insisto, lo que ocasiona los sueños son, más bien, ciertas causas naturales, de modo que así queda rebatido el argumento sofístico.

10

Por lo tanto las imágenes no son vanas ilusiones de la mente, como afirman los estoicos. Pues, en efecto, cuando dicen, por un lado, que son vanas, aunque tienen naturaleza corpórea, ésta es extremadamente tenue y no deja impresión en los sentidos, están dando una mala interpretación, pues sería necesario decir que es corpórea por más tenue que sea. Pero si es tan vana que no tiene entidad ninguna corpórea —y eso es más bien lo que quieren decir, más que lo anterior— ¿cómo podría lo vano ser representado?

¿Qué sucede pues? Las imágenes tienen una composición sutil y que queda más allá de nuestra vista, pero no es vana. Pero la mente... Cuando creemos que vamos a ser golpeados por una espada o precipitados a algún abismo nos echamos atrás por miedo, incluso si estamos en compañía. A esto añado lo siguiente. Cuando [en sueños] tenemos una relación sexual, al modo de cuando despiertos, no se puede argumentar que no obtenemos placer de ello porque estamos dormidos. No se debe, por lo tanto, decir que son re-

presentaciones vanas ésas, cuando tienen tanto efecto.<sup>18</sup> Sin embargo, por otra parte, aunque no son vanas, carecen de huella sensible y explicación racional, y no nos hablan expresamente a nosotros, como supone Demócrito. Pues es imposible que eso ocurra en tejidos tan sutiles y carentes de la textura de una naturaleza firme. Ésos se han equivocado y yerran en sentidos opuestos, los estoicos y Demócrito. Ya que los estoicos niegan a las fantasías la capacidad<sup>19</sup> que ellas tienen y Demócrito, en cambio, les otorga la que no tienen. Mas la naturaleza de los sueños...

11

[Los antepasados] del ser humano, después de haber nacido de la tierra, según la argumentación presentada, lograron añadir este singular recurso de vigor a su natural...

12

[A partir de las cuevas en que habitaban para huir de los fríos inviernos,] al pasar el tiempo, llegaron a la invención de casas para vivir, y a partir de los envoltorios que se fabricaban para sus cuerpos cubriéndose con el follaje de las plantas o con pieles —porque ya mataban animales—, llegaron a la idea de hacerse vestidos —aunque no cosidos, sino más bien a la manera de pellejos o algo por el estilo—. Más tarde, al avanzar, el tiempo les inspiró también, a ellos o a sus descendientes, la idea del tejido. Así que para ningún arte ni técnica, como tampoco para las mencionadas, hay que aducir a Atenea ni a ningún otro de los dioses. Pues todas las artes las engendraron las necesidades<sup>20</sup> y diversas circunstancias en el curso del tiempo. Tampoco con relación a sus vo-

18. O «tienen tal capacidad virtual»; *dynamis* es el término utilizado aquí.

19. *Dynamis*.

20. *Chreiai*.

ces, me refiero a los nombres y los verbos,<sup>21</sup> con las que construyeron sus primeras expresiones los seres humanos nacidos de la tierra, no vamos a mencionar a Hermes y sus enseñanzas, como postulan algunos, ya que eso resulta una evidente tontada, ni vamos a creer a los filósofos que por imposición y enseñanza les fueron impuestos los nombres a las cosas, a fin de que los seres humanos obtuvieran de cara a su comunicación mutua una fácil manifestación de sus cosas. Pues es absurdo, y aún más ridículo que todo lo ridículo, y por otro lado imposible, el que alguien pudiera convocar a tan vastas muchedumbres siendo él un solo individuo, ya que por entonces aún no existían reyes, ni tampoco letras ni signos vocálicos en parte alguna, porque sobre esos asuntos habría sido imposible, de no ser mediante un decreto, hacer una convocatoria de las gentes; y, por otra parte, incluso si se las hubiera reunido, que se las aleccionara a la manera de un maestro de escuela que llevara una varita como puntero y que, apuntando a cada una de las cosas, fuera diciendo: «esto va a llamarse piedra», y «esto madera», y «esto de aquí ser humano», y así «perro», «vaca», «burro»...

13

[Los cuerpos celestes],<sup>22</sup> cuando los remolinos del aire producen un movimiento semejante, todos se mueven con gran ímpetu, pero algunos de ellos chocan entre sí y otros no. Y los unos recorren un curso recto de un punto a otro, mientras que otros uno circular, como el Sol y la Luna. Algunos giran en un mismo círculo, como la Osa. Por otro lado unos se mueven en la zona alta y otros, en cambio, en la baja. También de esto son ignorantes la mayoría, porque creen que el Sol va tan abajo como aparece. Pero si así fuera,

21. *Onomáton kai remáton* podría aquí también traducirse como «palabras y frases».

22. En griego, *hoi astéres*, los astros.

tendría que incendiar la Tierra y todas las cosas que hay sobre ella. El caso es que vemos que desciende su apariencia, pero no el Sol en sí mismo. Quédese esto así apuntado.

Hablemos ahora de las salidas y las puestas y de lo relacionado con esto, advirtiendo de antemano lo ya sabido: que quien investiga sobre las cosas no manifiestas, si advierte varios modos posibles de su explicación, es arriesgado que se pronuncie a favor de uno solo. Tal cosa es más propia de un adivino que de un hombre sabio. Sin embargo, exponer todas las posibilidades, por un lado, pero decir que esto es más convincente que esto otro, resulta un proceder correcto.

Parece ser, por tanto, que el Sol es un círculo de brasas ardientes, y extraordinariamente ligero, que es sostenido en vilo por los aires y funciona como una fuente, por un lado, del fuego que de él emana y, por otro, del que confluye de su entorno en agregados de partículas mínimas de muy variada composición. De modo que es suficiente para el universo...

15

[...] Todos los seres humanos... cobraron esperanzas... sin remedio. Porque, en efecto, si a ellos les llegan imágenes claras, pero no pueden descubrir cómo éstas se originan, se ven abrumados por las dudas, y entonces les surge la creencia [en la existencia de un dios creador].

16

Acusan de ateos a quienes son más piadosos. Y, sin embargo, es evidente que no negamos a los dioses nosotros, sino otros. Así, por ejemplo, Diágoras de Melos, que tiene algunos otros seguidores, afirmó en público que no existen dioses, polemizando a fondo con los que piensan de otro modo. Y Protágoras de Abdera sostuvo de hecho la misma opinión que Diágoras, pero lo hizo usando otras expresiones, con la

intención de evitar la excesiva audacia de éste. De modo que afirmó que no sabía si los dioses existían. Eso es lo mismo que decir que sabe que no existen. El caso es que, si hubiera afirmado en su original dictamen: «No sé, en efecto, que no existen», acaso habría tenido un cierto disimulo para parecer que no excluía contundentemente a los dioses. Pero dijo «que ellos existan», y no lo de «que no existan», haciendo lo mismo exactamente que Diágoras, quien no dejó nunca de afirmar eso de que sabía que no existían. Por lo tanto, como digo, en realidad entonces Protágoras sostenía la misma opinión que Diágoras.

17

[...] Haciendo montar a Triptólemo en un carro y sometién-dole a los más penosos trabajos... Porque, desde luego, al honrar a Zeus Supremo y a Deméter como dioses considera-mos que no tratan a los hombres como esclavos, sino como amigos.

18

[...] No pensemos que los dioses son jueces de los injustos y perversos y de los buenos y justos. De lo contrario surgirán en nuestras almas las mayores perturbaciones.

[Vamos pues a contradecir a Homero], quien sobre ellos (los dioses) cuenta chismorreos de todo tipo, presentando a algunos como adúlteros, a otros cojos, a otros ladrones, o incluso a algunos heridos con lanza por los mortales, además de que invita a los artistas a representarlos de modo indecente. Hay estatuas de dioses que disparan flechas y que los muestran manejando un arco, y es así como aparece Heracles según Homero; otros llevan una escolta de fieras, otros se encolerizan con los que son afortunados, como hace Némesis las más veces. Por el contrario, conviene hacer

39

estatuas de dioses alegres y sonrientes, para que en su compañía sonriamos en vez de sentirnos amedrentados.

¿Qué pues, amigos? Rindamos culto dignamente a los dioses, tanto en las fiestas como en los ritos particulares, tanto en público como en privado, y conservemos respecto a ellos las costumbres tradicionales. Y que los Inmortales no sean calumniados en nada por nosotros, temerosos de tener la culpa de todas nuestras desgracias, como si nos enviaran padecimientos y se cansaran a sí mismos pesadas obligaciones a cuenta nuestra. Es más, invoquémoslos por su nombre...

NF 167 + 126<sup>23</sup>

Me ocuparé en primer lugar en rechazar la calumnia que se presenta contra nosotros. Afirman algunos que nuestra doctrina no es conveniente para la vida. Pues los seres humanos incluso en el presente actúan injustamente en cuanto pueden. De modo que, si se vieran liberados del temor a los dioses, cometerían injusticias con total desenfreno, y así se vería perturbada toda nuestra existencia. Ahora se portan así los que no sienten temor de los dioses. (Parten del principio de que, si lo tuvieran, no cometerían delitos.) En cuanto a los demás, declaro que quienes basan sus argumentos en la naturaleza no son justos a causa de los dioses, sino por observar correctamente qué naturaleza tienen, las pasiones y también los dolores y la muerte, porque en todas partes y en general los seres humanos cometen injusticias a causa del dolor o por el placer, y, a su vez, los humanos normales son justos a causa de las leyes, en tanto que haya leyes justas, y por los castigos que están impuestos por ellas.

Ahora bien, si también de entre ellos puede haber algu-

23. Hammerstaedt, J. y Smith, M. F., 2009: 5 y ss. El fragmento NF 126 había sido publicado ya en Smith 2003: 74-84, pero sólo con el descubrimiento de NF 167 adquirió sentido completo.

nos que sean de recto proceder con vistas a los dioses, y no por temor a las leyes, éstos son pocos. Apenas dos o tres van a encontrarse entre grandes sectores de la población, y ni siquiera éstos actúan justamente con entera firmeza. Pues no tienen convicciones firmes acerca de la providencia divina. Un testimonio claro de que de nada valen los dioses para rechazar los actos de injusticia son los pueblos de los judíos y los egipcios, porque, siendo ellos desde luego los más temerosos de los dioses, resultan ser a la vez los más abominables de todos.

¿En atención a qué dioses van a ser justos los humanos? Pues no lo son ni con respecto a los que existen ni por temor a los jueces del Hades según Platón y Sócrates. Eso es concluyente. En caso contrario, ¿por qué quienes desprecian las leyes van a dejar de burlarse aún más de los mitos? Por lo tanto, acerca de la práctica de la justicia, nuestra doctrina no causa ningún daño ni la doctrina contraria aporta ningún beneficio. En cuanto a la disposición de ánimo en conjunto la contraria no sólo no es beneficiosa, sino que al contrario causa daños, mientras que la nuestra no daña, sino que ayuda. Pues ésta elimina las perturbaciones de ánimo, y la otra las aumenta, como ya os hemos dejado expuesto a vosotros.

NF 127<sup>24</sup>

Que nuestra doctrina<sup>25</sup> no tan sólo es útil, sino además de eso verdadera y piadosa, se demostrará.

Afirman también (los estoicos) que la providencia es la constructora del universo y que, a la vez, dios es providente, que él mismo se cuida de todas las cosas y los seres humanos. Vamos primero a esta cuestión: ¿Creó dios el universo para sí mismo o para los humanos? Porque algunos dicen también eso. Ahora bien, si para sí mismo, emprendió esa ac-

24. Hammerstaedt, J. y Smith, M. F., 2011: 83 y ss.

25. *Dóigma*.



ción queriendo obtener algo. ¿Cómo pues de otro modo, si nada llega a ser sin una causa, y más si lo hace un dios? Con que veamos ahora qué dicen los estoicos. Es que quería el dios, dicen, tener una ciudad y conciudadanos, y fabricó el universo como una ciudad para él mismo y a los humanos como sus conciudadanos. Ahora bien, que eso es una monstruosidad y una ficción,<sup>26</sup> inventada para adulación de los oyentes, y no un razonamiento natural que busca la verdad y que trata de explicar lo no visible a través de imágenes, eso resulta evidente por sí mismo.

Por otra parte, si creó el universo para beneficio propio ¿por qué tardó un tiempo infinito antes del cosmos? ¿Es que se estaba falto de ese bien y no era tal como un dios? Porque un dios piensa como un ser inquebrantable y feliz frente a la eternidad, sin estar carente de nada. ¿Qué dios, pues, si existía desde un tiempo infinito, gozando de tranquilidad durante miles de años, habría concebido la idea de que necesitaba con urgencia una ciudad y conciudadanos suyos?

## 20

Es imposible que desde su origen tuviera necesidad (cualquier dios) de una ciudad y de conciudadanos. Además, sería ridículo que, siendo un dios, ansiara tener a seres humanos como conciudadanos. Y añado lo siguiente: que si el demiurgo modeló el mundo como un tipo de morada y ciudad para sí mismo, me pregunto dónde vivía antes del mundo. No encuentro respuesta en el argumento de los que opinan que desde siempre existe este único mundo. Porque durante ese tiempo infinito, según las apariencias, estuvo sin ciudad y sin casa el dios de éstos, y, como un hombre desdichado, no digo ya un dios, sin tener ciudad ni conciudadanos vagabundeaba solitario en la nada. De modo que, si, en

26. *Teratología kai mythos*.

efecto, se opina que la divina naturaleza ha creado todas las cosas para sí misma, resultan todos esos absurdos. Y si a causa de los humanos otros todavía más absurdos. Dividamos en dos el argumento: lo que respecta al universo y lo que afecta a los humanos de por sí. Y consideremos primero lo que toca al universo. A ver si todo está bien adecuado a los humanos y nada podemos reprocharle a lo establecido por la divinidad.

NF 182<sup>27</sup>

Vamos a hablar primero de las consecuencias de los fenómenos de la atmósfera. ¿Qué beneficios aporta el rayo a nuestra existencia, en qué no resulta dañino? ¿En qué los relámpagos, qué los truenos, qué las tormentas, qué los furores y las embestidas de los desmesurados vientos? ¿En qué el movimiento incontrolado de los astros, y sus varios tamaños, en qué los eclipses del Sol y de la Luna y sus carreras celestes y extraños rumbos? ¿En qué la noche, cuando bien podríamos descansar durante el día, en qué las alternantes duraciones de días y noches? Pues todos esos fenómenos son inútiles, cuando no son dañinos. Así son los fenómenos celestes.

¿Y qué pasa en la Tierra? ¿Cuánta extensión de la Libia es inhabitable? ¿Cuánta es inhóspita de la de más allá de los escitas? ¿Cuánta de la zona de Asia, cuánta de la India?

21

El mar abarca excesivas regiones del mundo, haciendo de la tierra habitada una especie de península y ésta anda colmada de males. Y sobre todos ellos está que su agua no sea potable, sino salada y amarga, como si lo hubiera preparado la divinidad a propósito para que los humanos no puedan beberla. Además, el mar llamado Muerto, y que verdaderamente está

27. Hammerstaedt, J. y Smith, M. F., 2010: 8 y ss.

muerto, pues ni siquiera se puede navegar, llega incluso a estropear parte de la tierra a los hombres que pueblan sus riberas. Ya que los perjudica al desbordarse con violencia en gran extensión y después de desparramarse se retira, como para impedir que trabajen sus campos con el arado.

Así van las cosas, pues, del mundo. Conque veamos ahora las vidas de los seres humanos por sí mismos, si es que se muestran ordenadas por la providencia divina. Comencemos por este punto: ¡Hermoso animal, amigos, es el ser humano, racional y previsor del futuro, y capaz de vivir felizmente si mantiene una virtud propia y buenas disposiciones para ella! Pero ¿y si acaso este animal no posee inteligencia ni noble virtud, como afirman los que sostienen esa opinión, los estoicos, y la más tremenda insensatez los domina a todos?<sup>28</sup>

22

[...] Vamos a prosternarnos ante las estatuas. Al transformar a ciertos individuos en tiranos, les permites cosas horribles. Y mucho más podemos decir de los soldados que causan espantosas matanzas en todo el mundo. Y recordemos a algunas tribus bárbaras... ¿Quién, pues, Padre Zeus, al escuchar la opinión de que hay dioses que permiten que tamañas desdichas aflijan a los hombres...?

23

[Ya basta de esto], porque no es necesario seguir hablando de los males que acechan en ocultas emboscadas, pero no penséis por ello que ignoramos en cuántas desdichas se entrapan algunos a causa de la ambigüedad habitual de los oráculos y sus intrincados manejos. ¿Acaso tenemos la ocasión adecuada para evocar precisamente en este momento

28. Según los estoicos la gran mayoría de los humanos son insensatos y necios; sólo el sabio, al margen de las masas necias, encuentra el camino de la felicidad.

cuán grandes desastres sufrieron los lacedemonios [por atender al oráculo de Delfos sobre Arcadia]...?

NF 143<sup>29</sup>

[...] Contra Ciro... el país del otro lado del Halis, que podían regir tanto unos como otros. ¿Pues por qué da oráculos (Apolo) a los que los quieren en contra de quienes no han cometido daño alguno, ni grande ni pequeño, contra él? Eso no es propio de la dignidad de un dios. Pero además él acepta regalos... [Creso] quería la respuesta délfica, habiéndose la granjeado mediante los diezmos del botín de guerra que le había ofrecido. Y de buen grado marchó contra Ciro, por donde le dirigió el dios mismo.

[...] Arquíloco el poeta yámbico...

24

En esa ocasión el filósofo de la naturaleza<sup>30</sup> echó mano a las palabras de un dialéctico, practicando el arte de interpretar los sueños y dándoles crédito por entero... Antifonte, dice, pronosticó, al ser preguntado por un corredor que iba a competir en las Olimpíadas, que no llegaría el primero. Pues ése, dice, le refirió que había creído ver en sueños que lo perseguía un águila. Al preguntarle por ello a Antifonte...<sup>31</sup>

25

[A quien es feliz el desdichado siempre le parece más agitado que él, al estar lleno de confusión y de temor.]<sup>32</sup>

29. Hammerstaedt, J. y Smith, M. F., 2008: 7 y ss.

30. Es decir, el *physikós*.

31. La anécdota la cuenta Cicerón (*De div.* II, 70, 144), como señala Smith, quien reconstruye el pasaje basándose en esa cita.

32. El fragmento es casi por entero reconstrucción de Smith, como éste indica.